

pretaciones. Se cuentan entre los más destacados los de J. J. Scarisbrick (*Henry VIII*, Berkeley, 1968) y A. Prevost (*T. Moro y la crisis de la conciencia europea*, 1969).

A pesar de todo, el libro no se ve perjudicado, por estas omisiones, en ningún aspecto importante. Berglar ha escrito una obra excelente, que merece lectura atenta.

JOSÉ MORALES

Tomás ALVIRA, *Pierre Bayle: Pensamientos diversos sobre el cometa*, Madrid, Ed. Magisterio Español (Colección "Crítica Filosófica", 15), 1977, 173 pp., 12,5 × 18,5.

Tomás Alvira nos ofrece en este libro un análisis detenido de uno de los filósofos del siglo XVII menos conocidos y, sin embargo, más influyentes entre éticos y moralistas.

Bayle nació en Carla, pequeña aldea de la Francia meridional, y perteneció a la iglesia reformada. Y, aunque a los veintiún años se convirtió a la Iglesia Católica, su pensamiento siguió fiel a los teólogos protestantes del siglo XVI hasta el punto de que en 1670 abjuró del catolicismo para volver a la iglesia reformada. Es de destacar que al publicar anónimamente su obra principal *Pensamientos diversos sobre el cometa* se hizo pasar por católico romano. Refugiado en Holanda, como otros muchos hugonotes, murió en 1706.

Ya Cornelio Fabro en su *Introduzione all'ateismo moderno* ofreció una valoración global de Bayle diciendo que, "al establecer una oposición radical entre moral y religión, deja abierto el camino a la negación de la religión sobrenatural por parte del deísmo, paso intermedio que lleva necesariamente a la negación de toda religión". En este libro, Alvira desarrolla, en cambio, una exposición muy limitada pero sistemática de los pensamientos de Bayle, analizándolos y comparándolos con la verdadera doctrina, sobre todo de Santo Tomás. Para Alvira el pensamiento central de Bayle estribaría en la separación radical entre religión y moral, en base a la cual Bayle afirma que es posible que los ateos se conduzcan con rectitud moral. En consecuencia, Alvira, aunque actúe como filósofo y presente un estudio crítico de los *Pensamientos* de Bayle hecho desde un punto de vista metafísico, no evita el recurso a la Teología.

Bayle comienza, como cartesiano que es, rechazando cualquier tradición en base a la primera regla del *Discurso del Método*: "No aceptar nada como verdadero si no tiene la característica de claro y distinto". El ejercicio crítico debe comenzar por ponerlo todo en duda. Aparentemente ésto va en contra sólo de la tradición pagana —las supersticio-

nes—, pero lo que Bayle hiere de verdad es la Tradición cristiana. A este propósito dice: “La Sagrada Tradición no deja de violar los derechos de la razón, aunque suponga una docilidad loable”. Para él, aceptar algo por fe humana es propio de espíritus vulgares que se comportan como borregos, abandonándose a la buena fe de los demás. A continuación pasa a explicar el por qué de la incapacidad causal de los cometas —tema muy en boga por aquellos años— y nos desvela toda una concepción propia sobre el universo y su Creador. Siguiendo a Descartes, nos dice que el universo es mecánico. Al reducir las cosas creadas a una mera extensión, se ve forzado a concebir a Dios como impulsor de la máquina del universo y nada más, con lo cual termina fundiendo la realidad divina con la creada en una única sustancia. Ahora bien, se debe concluir con Alvira que, si seguimos a Bayle, entre decir que todo es Dios y decir que nada es Dios hay un límite casi imperceptible.

Lo que a nuestro filósofo le interesa es descubrir y señalar a Dios en la naturaleza. Por ello poco a poco va dejando de lado lo sobrenatural. Para él la naturaleza es Dios mismo en cuanto actúa. Aunque con las palabras reconoce la trascendencia de Dios, en realidad Bayle, en sus teorías, lo confunde con la naturaleza misma, ya que al considerar a Dios como un motor universal, queda abolida la actividad natural de las criaturas. Por otra parte, la Providencia de Dios queda limitada a las leyes generales del universo, sin que su influencia llegue a las cosas particulares.

En lo que hace a la Antropología, el hombre no aparece como una criatura hecha a imagen y semejanza de Dios, sino como un ser constituido por leyes mecánicas. Por esta razón, Bayle desarrolla la demostración de la existencia del alma humana de un modo curioso: El hombre, obedeciendo a las leyes de la naturaleza de modo mecánico, descubre —dice— que existe un orden ético natural; pero, puesto que se deja llevar frecuentemente de sus pasiones en el cumplimiento de ese orden ético, hay que suponer que tiene un alma. La unión alma-cuerpo sería semejante a la de dos sustancias que se relacionan entre sí como el motor y el movido: es la constitución maquinal del hombre. Así explica la libertad: somos libres porque el alma se sustrae a las leyes mecánicas del cuerpo. Por ello el pecado no es visto como ofensa a Dios, sino como una mera rebeldía a la tiranía de la mecánica, según una posición netamente protestante. El hombre sólo sería libre para hacer el mal, para actuar desordenadamente, pero no para hacer el bien. O, lo que es lo mismo, el hombre no es libre en absoluto. Bayle acepta en este sentido la doctrina protestante según la cual la naturaleza humana está completamente corrompida por el pecado.

En la última parte del libro Alvira estudia —al hilo de Bayle— la llamada moral atea. Bayle comienza con una afirmación que se repite

con mucha frecuencia: el ateísmo no es peor que la idolatría. El lector queda sorprendido por el desusado ardor que pone en criticar la idolatría, por contraste, por la indulgente benignidad con que trata el ateísmo. Para él hay un hecho irrefutable (sic): que la religión es moralmente ineficaz. ¿Demostración? El ateísmo no conduce necesariamente a la corrupción de costumbres; la religión, en cambio, no es capaz de corregir las malas inclinaciones del hombre; de donde —termina— la religión resulta moralmente ineficaz. La conclusión que extrae es que, ya que el conocimiento de Dios es inútil —en cuanto se refiere a la vida moral—, el ateo se encuentra, para poder obrar virtuosamente, en las mismas condiciones que el creyente o hasta está en condiciones mejores, por carecer de una serie de prejuicios innecesarios.

En definitiva, Bayle ha comprendido que, en el fondo, cualquier persona puede ser, para sí misma, no sólo el principio de la “verdad”, sino también el principio de la moralidad de sus actos. Así, la ética bayleana supone el giro copernicano de la moral, que consiste en la desaparición de toda moral. El hombre no se subordinaría al bien, sino que encontraría en sí mismo la totalidad del bien —sin ningún mal—, de modo que seguir la ley moral querría decir simplemente seguirse a sí mismo.

Ha degradado, de este modo, al hombre de su auténtica dignidad personal, reduciéndolo a los estrechos límites de su propia conciencia immanente. Ha tenido que hacer, pues, su misma voluntad, actuando contra la inclinación de su naturaleza, para convencerse a sí mismo de que Dios no existía, y para así poder instalarse en un mundo imaginario —tan viejo como el pecado— en el que el sujeto hace y deshace a su antojo. Pero, una vez consumado el engaño, se consuma también la degradación. A pesar de las apariencias, en Bayle no ha vencido el hombre, sino que ha sido derrotado. Para recuperar la dignidad perdida es preciso volver a la esencia de la ley natural impresa en el corazón humano.

Alvira cierra su análisis con la siguiente consideración acerca de Pierre Bayle: “Lo que busca con su crítica de la religión no es la negación de la moral —que sería lo lógico—, sino la fundamentación de una moral atea: la idea de la honestidad pura, al margen de Dios”. A nuestro entender, tal era inevitablemente el destino al que estaba abocado el *etsi Deus non daretur* del iusnaturalismo grocciano. Una vez más se ha cumplido el principio aristotélico, según el cual “parvus error in principio —no tan pequeño en este caso— magnus est in fine”. Todo a partir de una hábil manipulación de una noticia: la aparición de un cometa.